

ENSAYO

Qué es Ser Conservador *

Michael Oakeshott **

El conservatismo no es una doctrina, sino que, más bien, una actitud. Este ensayo constituye una interpretación del modo de actuar y de sentir que definen al conservador contemporáneo.

El autor defiende este modo de ser como una manera de asegurarse la identidad en el tiempo. Examina todo un rango de actividades —la amistad, los juegos y deportes, el uso de las herramientas, las reglas de conducta social— en las cuales predomina o debiera predominar el espíritu conservador. Luego se aboca a lo que desde esta posición cabe esperar del gobierno y de la política.

I

No comparto la creencia general de que sea imposible (o, sí no imposible, tan poco prometedor que no valdría la pena intentarlo) el deducir principios generales explicativos de lo que se conoce como conducta conservadora. Puede ser verdad que la conducta conservadora no encaje fácilmente en el lenguaje de las ideas generales y que, por consiguiente, haya existido una cierta renuencia a realizar este tipo de análisis; sin embargo, no debe suponerse que la conducta conservadora sea menos idónea que cualquier otra para este tipo de interpretación en lo que ella valga. Pero no es éste el objetivo que propongo. Mi tema no constituye un credo ni una doctrina, sino

* Traducido del libro *Rationalism in Politics and Other Essays*, London: Methuen and Company, University Paperback, 1981. Publicado por primera vez en 1962. En el original el ensayo se titula "On being conservative". Traducido y publicado con la debida autorización.

** Profesor de Ciencia Política en el London School of Economics and Political Science, Universidad de Londres.

una actitud. Ser conservador significa inclinarse a pensar y a comportarse en determinada forma; es preferir ciertos tipos de conducta y ciertas condiciones de las circunstancias humanas a otras; es disponerse a tomar determinadas decisiones. Mi objetivo es interpretar esta actitud tal como se presenta en el carácter contemporáneo en vez de trasladarla al lenguaje de los principios generales.

Resulta fácil discernir las características generales de esta actitud, a pesar de que han sido frecuentemente mal interpretadas. Se resumen en una propensión a usar y disfrutar de lo que se dispone en vez de desear o buscar otra cosa; a deleitarse con lo presente más que con lo pasado o futuro. La reflexión puede producir una adecuada gratitud por lo disponible y, por consiguiente, el reconocimiento de un regalo o herencia del pasado; pero no existe ninguna simple idolatría por lo que ha pasado o se ha ido. Lo que se aprecia es el presente, y no debido a sus conexiones con una remota antigüedad ni porque se considere que sea más admirable que cualquiera alternativa posible, sino gracias a su familiaridad: **no Verweile doch, du bist so schön, sino Quédate conmigo porque estoy encariñado contigo.**

Si el presente es poco atractivo y ofrece muy poco o nada que usar o disfrutar, esta inclinación será entonces débil o estará ausente; si el presente es muy inestable, ésta se desplegará en la búsqueda de un apoyo más firme y, por consiguiente, va a recurrir y a explorar el pasado; pero, característicamente, se impone cuando hay mucho que disfrutar, y será más fuerte cuando coexiste el riesgo de pérdida. En resumen, se trata de una actitud propia de una persona claramente consciente que tiene algo que perder y que ha aprendido a valorar; una persona que, en cierto modo, tiene muchas oportunidades que disfrutar, aunque no tantas como para no impórtale perderlas. Se presentará más naturalmente en la gente mayor que en la gente joven, no porque los mayores sean más sensibles a la pérdida, sino porque éstos tienen mayor conciencia de los recursos de su mundo y, por consiguiente, tienden menos a encontrarlos inadecuados. En algunas personas, esta actitud es débil porque simplemente desconocen lo que el mundo tiene para ofrecerles: el presente es para ellos sólo un residuo dejado por lo inoportuno.

Ser conservador consiste entonces en preferir lo familiar a lo desconocido, lo probado a lo no probado, los hechos al misterio, lo real a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo distante, lo suficiente a lo superabundante, lo conveniente a lo perfecto, la felicidad presente a la dicha utópica. Las relaciones y las lealtades familiares serán preferibles a la fascinación de vínculos más provechosos. El hecho de adquirir y acrecentar será menos importante que mantener, cultivar y disfrutar. El

pesar provocado por la pérdida será más agudo que la excitación que provoca la novedad o la promesa. Se trata de poder hacer frente a nuestro propio destino, vivir conforme a nuestros propios medios, contentarse con la necesidad de mayor perfección personal como con las circunstancias que nos rodean. Para algunas personas, ésta es en sí una elección; para otras es una situación que se presenta frecuente o menos frecuentemente en sus preferencias y aversiones, no siendo en sí elegida ni específicamente cultivada.

Ahora bien, todo parece reflejarse en una cierta actitud con respecto al cambio y la innovación; el cambio denota las alteraciones que tenemos que experimentar, y la innovación, aquellas que proyectamos y realizamos.

Los cambios son circunstancias a las que tenemos que adaptarnos, y la actitud conservadora es tanto el emblema de nuestra dificultad para lograrlo como nuestro recurso en los intentos que hacemos para ello. Los cambios no ejercen efecto sólo en aquellos que no se dan cuenta de nada, que ignoran lo que poseen y permanecen indiferentes a sus circunstancias; pueden ser bien recibidos indiscriminadamente sólo por aquellos que no valoran nada, cuyos vínculos son efímeros y desconocen el amor y el afecto. La actitud conservadora no provoca ninguna de tales condiciones: la inclinación a disfrutar de lo presente y disponible se opone a la ignorancia y apatía y fomenta la unión y el afecto. Por consiguiente, se opone al cambio, que se presenta siempre, en primer lugar, como una pérdida. El caso de una tormenta que arrasa con un matorral y transforma un paisaje favorito, la muerte de los amigos, el adormecimiento de la amistad, el abandono de hábitos de conducta, la jubilación de un payaso favorito, el exilio involuntario, los cambios de fortuna, la pérdida de las habilidades disfrutadas y su reemplazo por otras; todos ellos son cambios, ninguno tal vez sin compensaciones, que la persona de temperamento conservador inevitablemente lamentará. Pero le será difícil resignarse a ello no porque lo que ha perdido fuera intrínsecamente mejor que cualquier otra alternativa o fuese incapaz de mejorar, ni tampoco porque lo que toma su lugar sea intrínsecamente imposible de aprovecharse, sino porque lo perdido era algo que realmente disfrutaba, que había aprendido a disfrutar, y aquello que lo reemplaza es algo con lo que no ha adquirido aún ninguna afinidad. Por consiguiente, los cambios pequeños y lentos le serán más tolerables que los grandes y repentinos, y valorará considerablemente toda apariencia de continuidad. Habrá algunos cambios que efectivamente no presentarán ninguna dificultad; mas, de nuevo, no porque signifiquen evidentes progresos, sino simplemente porque son fácilmente asimilados: los cambios de las estaciones son aceptados debido a su repetición y el crecimiento de los niños debido a

su continuidad. Y por lo general (el temperamento conservador) se adaptará más fácilmente a los cambios que no se oponen a la expectativa que a la destrucción de lo que parece no tener en sí mismo el fundamento de su disolución.

Más aún, ser conservador no consiste sólo en oponerse al cambio (que puede ser una idiosincrasia); es también una forma de adaptarse a los cambios, una actividad impuesta a todos los hombres. En efecto, el cambio es una amenaza para la identidad, y todo cambio es un emblema de la extinción. Pero la identidad del hombre (o de la comunidad) no es más que una continua repetición de contingencias, cada una a merced de su circunstancia y cada cual importante en relación a su familiaridad. No se trata de una fortaleza a la que podamos retirarnos; la única forma que tenemos de defenderla (es decir, de defendernos nosotros mismos) contra las fuerzas hostiles del cambio se encuentra en el amplio campo de nuestra experiencia: apoyándonos en aquello que entonces muestre más firmeza, adhiriéndonos a aquellas costumbres que no estén inmediatamente amenazadas y asimilando así lo nuevo sin volvernos irreconocibles a nosotros mismos. Cuando los masai fueron trasladados desde su antiguo país a la actual reserva en Kenya, llevaron consigo los nombres de sus cerros, llanuras y ríos, y se los dieron a los cerros, llanuras y ríos del nuevo país. Y es por algún subterfugio del conservatismo que toda persona o pueblo compelido a sufrir un cambio notable evita la deshonra de la extinción.

Los cambios, entonces, deben ser tolerados, y una persona de temperamento conservador (es decir, firmemente decidida a preservar su identidad) no puede ser indiferente a ellos. En general, ésta los juzga por el trastorno que acarrearán y, como cualquier persona, despliega sus recursos para hacerles frente. La idea de innovación, por otra parte, significa progreso. Sin embargo, una persona de tal temperamento no es propiamente un ardiente innovador. En primer lugar, no tiende a pensar que nada ocurra a menos que haya grandes cambios en vías de realizarse y, por consiguiente, no le preocupa la ausencia de innovación: concentra gran parte de su atención en el uso y aprovechamiento de las cosas tal como son. Además está consciente de que no toda innovación es, en efecto, avance, y pensará que innovar sin mejorar es una locura, ya sea premeditada o accidental. Más aún, incluso cuando una innovación presenta un progreso convincente, analizará dos veces los argumentos antes de aceptarla. Desde su punto de vista, dado que todo avance implica cambio, siempre es preciso contraponer el rompimiento que implica y el beneficio previsto. Pero cuando haya satisfecho sus dudas sobre este punto, siempre habrá otras consideraciones que tomar en cuenta. La innovación es siempre una empresa equívoca, en que la ganancia y la pérdida (incluso

excluyendo la pérdida de familiaridad) están tan estrechamente entrelazadas, y es extremadamente difícil predecir el resultado final: ningún progreso es absoluto. En efecto, la innovación es una actividad que genera no sólo el "mejoramiento" buscado, sino que una nueva y compleja situación de la que éste es sólo uno de sus componentes. El cambio total es siempre más amplio que el cambio previsto, y es imposible prever ni limitar todo lo que se producirá. De este modo, cada vez que hay una innovación, el cambio resultante será siempre mayor que el previsto, habrá tanto pérdidas como ganancias, y éstas no serán igualmente distribuidas entre la gente afectada. Existe la posibilidad de que los beneficios que se obtengan sean mayores que los previstos, pero también existe el riesgo de que éstos sean contrabalanceados por los cambios para peor.

De todo esto, la persona de temperamento conservador extrae algunas conclusiones. En primer lugar, que la innovación implica una pérdida cierta y una ganancia posible, por consiguiente, el peso de la prueba, la demostración de que cabe esperar que el cambio sea en última instancia beneficioso, recae sobre el reformador. En segundo lugar, estima que mientras más se parezca la innovación al crecimiento (es decir, mientras sea comprendida clara e íntimamente, y no sea simplemente impuesta a la situación) menos posibilidades habrá de que en el resultado predomine la pérdida. En tercer lugar, piensa que una innovación que es respuesta a algún defecto específico, es decir, que se proyecta para compensar algún desequilibrio concreto, es más conveniente que la que surge de una noción de mejoramiento general de las circunstancias humanas, y que resulta muchísimo más conveniente que una reforma surgida de una visión de la perfección. Por consiguiente, prefiere las innovaciones pequeñas y limitadas a las grandes e indefinidas. En cuarto lugar, favorece más bien un ritmo lento que uno rápido, deteniéndose a observar las consecuencias que se producen y a hacer los ajustes adecuados. Finalmente, estima que la ocasión es importante; y considera que —todo lo demás constante— la ocasión más favorable para la innovación es aquella en que es más probable que el cambio proyectado se limite a lo que se desea y haya menos posibilidades de que sea corrompido por consecuencias no buscadas e incontrolables.

La actitud conservadora es, entonces, cálida y positiva con respecto al hábito y, correspondientemente, fría y crítica con respecto al cambio y la innovación: estas dos inclinaciones se apoyan y explican mutuamente. La persona de temperamento conservador piensa que no se debe abandonar un bien conocido por otro desconocido. No gusta de lo peligroso y difícil; no es aventurero; no le atrae navegar por mares desconocidos; para él, encontrarse perdido, perplejo o naufrago no tiene ningún encanto. Si se ve obligado a navegar en lo desconocido, cree

conveniente sondear la ruta a cada instante. Lo que los demás identifican como timidez, él lo califica como prudencia racional; lo que los demás interpretan como inactividad, para él constituye una inclinación a disfrutar en vez de explorar. Es persona cautelosa y tiende a indicar su aprobación o desaprobación no en términos absolutos sino que mesurados. Contempla la situación considerando la posibilidad de que rompa la familiaridad de las costumbres de su mundo.

II

Comúnmente se piensa que esta actitud conservadora está profundamente arraigada en lo que se llama la "naturaleza humana". El cambio es cansador, la innovación requiere de esfuerzo, y los seres humanos (se dice) tienden más al ocio que a la actividad. Si han encontrado una forma suficientemente satisfactoria de salir adelante, no están dispuestos a buscarse problemas. Por naturaleza, son aprensivos con respecto a lo desconocido y prefieren la seguridad al peligro. Son innovadores reticentes y aceptan el cambio no porque les guste, sino (tal como dice La Rochefoucauld, que se acepta la muerte) porque es inevitable. El cambio produce más tristeza que alegría: el cielo es el sueño de un mundo tanto inmutable como perfecto. Lógicamente, quienes interpretan "la naturaleza humana" de esta forma están de acuerdo en que esta actitud no es única; simplemente sostienen que es extremadamente fuerte, tal vez la más fuerte de todas las inclinaciones humanas. Y hasta donde llega, hay algo que decir a favor de esta creencia: las circunstancias humanas serían seguramente muy diferentes de lo que son si no existiera un gran ingrediente de conservatismo en las preferencias humanas. Se dice que los pueblos primitivos se adhieren a lo que les es familiar y se oponen al cambio; la mitología antigua está llena de advertencias en cuanto a la innovación; nuestro folklore y su proverbial sabiduría acerca de la conducta de vida abundan en preceptos conservadores; en fin, cuántas lágrimas derraman los niños para adaptarse de mala gana al cambio. En efecto, la actitud conservadora tiende a prevalecer donde se ha logrado una identidad firme y donde ésta es pobremente contrarrestada. Por otra parte, la actitud de los adolescentes es con frecuencia y principalmente aventurera y experimental: cuando somos jóvenes, no hay nada que nos parezca más atractivo que correr riesgos: **pas de risque, pas de plaisir** *. Y mientras algunos pueblos parecen haber evitado exitosamente el cambio por largo tiempo, la historia de otros muestra períodos de intensa e intrépida innovación. En efecto,

* Falta de riesgo, falta de placer.

no es mucho el beneficio que podemos sacar de la especulación general con respecto a la "naturaleza humana" que sea más confiable que lo que ya conocemos. Viene más al caso considerar la naturaleza humana actual, considerarnos a nosotros mismos.

Creo que en nosotros la actitud conservadora está lejos de ser muy fuerte. En efecto, si un extranjero desprejuiciado juzgara nuestra conducta durante los últimos cinco siglos, razonablemente podría suponer que nos gusta el cambio, que sólo nos atrae la innovación y que tenemos tan poco interés por nosotros mismos y cuidamos tan poco nuestra identidad, que no le otorgarnos ninguna consideración. En general, la fascinación de lo nuevo se siente más intensamente que la comodidad de lo familiar. Tendemos a pensar que no ocurre nada importante a menos que se produzcan grandes innovaciones, y que aquello que no mejora debe estar deteriorándose. Existe un prejuicio positivo en favor de lo que aún no se ha probado. Suponemos fácilmente que todo cambio es, en cierta medida, para mejor, y nos convencemos sin dificultad de que todas las consecuencias de nuestra actividad innovadora significan progreso o, al menos, el precio razonable que debemos pagar para obtener lo que deseamos. Mientras que el conservador, si se viera obligado a jugar, apostaría en el terreno, nosotros tendemos a apovar nuestras fantasías individuales sin mayor cálculo y ninguna aprensión por la pérdida. Somos codiciosos hasta el punto de la avaricia; proclives a dejar el hueso que tenemos a cambio de su reflejo magnificado en el espejo del futuro. En un mundo en que todo experimenta un avance continuo, nada hay que resista un posible mejoramiento: las expectativas de vida de todo, excepto de los seres humanos, disminuyen constantemente. Las penas son efímeras, las lealtades evanescentes y el ritmo del cambio nos previenen contra vínculos demasiado profundos. Deseamos probar algo por una vez, sin considerar sus consecuencias. Una actividad compite con otra en cuanto a su "actualización". Los autos y los televisores pasados de moda tienen su contraparte en las creencias religiosas y morales pasadas de moda: la atención está siempre en el último modelo. Ver es imaginar lo que podría ser en lugar de lo que es; tocar es transformar. Cualquiera que sea la forma y la calidad del mundo, no dura mucho tiempo como lo queremos. Y quienes están a la vanguardia del cambio contagian con su energía y actividad a quienes están atrás **Omnes eodem cogemur**: cuando dejamos de tener piernas ágiles, hay un lugar para nosotros en la banda*.

* ¿"Quién de nosotros —pregunta un contemporáneo (no sin un poco de ambigüedad)— no estaría contento, a pesar de la ansiedad nerviosa que le produjera, con una sociedad febril y creativa en vez de una estática"?

Lógicamente que nuestro carácter posee otros ingredientes, además de este deseo de cambio (también tenemos el impulso de apreciar y preservar), pero poca duda puede haber en cuanto a la preeminencia de aquél. Y en estas circunstancias es conveniente que surja una actitud conservadora, no como una alternativa inteligible (o incluso verosímil) a nuestro hábito mental "progresista", sino más bien como un obstáculo al cambio en vías de realizarse, o como el guardián del museo donde se preservan ejemplos peculiares de los logros del pasado, para que los niños los admiren, o como el curador de aquello que ocasionalmente se considera aún no apto para la destrucción de eso que llamamos (con ironía) las cosas buenas de la vida.

Nuestro análisis de la actitud conservadora y su estado actual podría terminar aquí, con el hombre en que esta actitud es tan fuerte, que lo hace parecer como si nadara contra la corriente; que no es tomado en cuenta no porque lo que diga sea falso, sino porque se ha tornado irrelevante; que ha sido superado no debido a un demérito intrínseco, sino simplemente por el devenir de las circunstancias; un carácter tímido, marchito y nostálgico, que provoca piedad como un proscrito o desprecio como un reaccionario. Sin embargo, creo que hay algo más que decir. Incluso en estas circunstancias, en que evidentemente una actitud conservadora con respecto a las cosas, en general, no es apreciada en su justo valor, hay ocasiones en que tal actitud sigue siendo no sólo conveniente, sino que extremadamente conveniente, como que hay casos en que nos inclinamos inevitablemente en una dirección conservadora.

En primer lugar, existe un tipo de actividad (aún vigente) que puede realizarse sólo en virtud de una actitud conservadora, especialmente, las actividades donde lo que se busca es el goce presente y no un beneficio, una recompensa, un premio o un resultado, además de la experiencia misma. Y cuando se reconocen estas actividades como los símbolos de esta actitud, el hecho de ser conservador es considerado no como una hostilidad prejuiciada con respecto a una actitud "progresista" capaz de abarcar todo el campo de la conducta humana, sino como una actitud, exclusivamente, apropiada en un amplio e importante campo de la actividad humana. La persona en que predomina tal tendencia es considerada como alguien que prefiere participar en actividades donde ser conservador es extraordinariamente apropiado y no como una persona inclinada a imponer su conservatismo indiscriminadamente en toda actividad humana. En resumen, si nos sentimos inclinados (y la mayoría de nosotros lo hace) a rechazar el conservatismo como una actitud adecuada con respecto a la conducta en general, aún queda un cierto tipo de conducta humana para la cual esta actitud es no sólo apropiada, sino que una condición necesaria.

Naturalmente, existen numerosas relaciones humanas en que una actitud conservadora, una inclinación a disfrutar simplemente lo que se ofrece por su propio beneficio, resulta particularmente inapropiada; por ejemplo, las relaciones patrón y empleado, dueño y administrador, comprador y vendedor, gerente y agente. En estas relaciones, cada participante busca algún servicio o alguna recompensa por tal servicio. Un cliente que se da cuenta que el dueño de la tienda es incapaz de satisfacer sus necesidades, lo persuade de aumentar su stock o bien va a comprar a otra parte; un vendedor incapaz de satisfacer los deseos de un cliente, trata de imponerle otros que sí puede satisfacer; un gerente que es mal entendido por su agente, busca otro. Un empleado mal recompensado por sus servicios pide un aumento; y uno que no está satisfecho con las condiciones de trabajo, busca un cambio. En resumen, todas éstas son relaciones en las que se persigue algún resultado; a cada parte le interesa la habilidad del otro para generarlo. Si no se encuentra lo que se busca, cabe esperar que la relación se suspenda o termine. Tener una actitud conservadora en tales relaciones, disfrutar de lo presente y disponible, sin considerar si satisface una necesidad o simplemente porque nos ha agradado y se ha vuelto familiar, es una conducta que revela un conservatismo **jusqu' - aubutiste**, una inclinación irracional a rechazar todas las relaciones que requieren del ejercicio de cualquier otra actitud. Sin embargo, incluso a estas relaciones pareciera faltarles algo apropiado cuando se limitan a una relación de oferta y demanda, y no dan cabida a la aparición de las lealtades y nexos que surgen de la familiaridad.

Sin embargo, existen relaciones de otro tipo en las que no se busca ningún beneficio, que se realizan voluntariamente y se disfrutan por lo que son y no por lo que proporcionan. Tal cosa ocurre con la amistad. El vínculo surge aquí de una relación de familiaridad y subsiste en un mutuo compartir las personalidades. Cambiar de carnicero hasta encontrar uno que venda la carne que a uno le gusta, educar a nuestro agente para que haga lo que se requiere, constituye una conducta que no parece inapropiada para la relación en cuestión; pero descartar amigos, porque no se comportan como esperamos que lo hagan o rehusan actuar conforme a nuestros requisitos, constituye la conducta de una persona que no ha comprendido en absoluto el carácter de la amistad. A los amigos no les interesa lo que pueden obtener unos de otros, sino que solamente pasarlo bien juntos; y la condición para pasarlo bien es una fácil aceptación de lo existente y la ausencia de todo deseo de cambio o mejoramiento. Un amigo no es una persona que uno confía que se comportará de cierta manera, alguien que satisface ciertas necesidades, que tiene ciertas habilidades útiles, que posee ciertas cualidades agradables o que sostiene ciertas opi-

niones aceptables. Un amigo es alguien que activa la imaginación, que excita la contemplación, que provoca interés, simpatía, agrado y lealtad, simplemente debido a la relación establecida. Un amigo no puede reemplazar a otro; existe gran diferencia entre la muerte de un amigo y la jubilación del sastre. La relación entre amigos es espectacular, no utilitaria; el vínculo es de familiaridad, no de utilidad; la actitud implícita es conservadora, no "progresista". Y lo que es cierto con respecto a la amistad no es menos cierto con relación a otras experiencias —el patriotismo, por ejemplo, o el diálogo—, cada una de las cuales exige una actitud conservadora como una condición para su goce.

Pero además existen otras actividades que no implican relaciones humanas y que pueden realizarse no por provecho, sino por el agrado que producen, y con respecto a las cuales la única actitud apropiada es la conservadora. Este es, por ejemplo, el caso de la pesca. Si nuestro objetivo consiste simplemente en capturar peces, parece absurdo ser indebidamente conservador. Buscaremos el mejor equipo, descartaremos prácticas que se ha demostrado son poco exitosas; no nos limitaremos por lazos afectivos inútiles a determinadas localidades; las penas serán efímeras, las lealtades perecederas, incluso sería sabio probar cualquier cosa por una vez con la esperanza de un progreso. Pero la pesca es una actividad que se puede practicar no sólo por el beneficio de una captura, sino que por puro placer, y el pescador puede regresar a casa igualmente contento a pesar de no haber tenido éxito. Cuando ocurre esto, la actividad ha pasado a constituir un ritual en que la actitud conservadora resulta apropiada. ¿Por qué preocuparse por el mejor equipo si no nos preocupa pescar o no? Lo que importa es el agrado que se tiene al hacerlo (o, tal vez, simplemente pasar el tiempo)*, y esto puede lograrse con cualquier equipo, en la medida en que éste sea familiar y no grotescamente inapropiado.

En consecuencia, todas las actividades en que lo que se busca es el agrado resultante no del éxito de la empresa, sino que de la familiaridad de ésta, constituyen símbolos de la actitud conservadora. Y existen muchas actividades de este tipo. Fox mencionaba el juego entre ellas cuando decía que produ-

* Cuando el Príncipe Wen Wang efectuaba una gira de inspección en Tsang, vio a un anciano pescando. Pero su pesca no era una pesca real, ya que no lo hacía para capturar peces, sino para entretenerse. Wen Wang lo habría empleado en la administración del gobierno, pero temía que sus ministros, tíos y hermanos se opusieran. Por otra parte, si dejaba ir al hombre, no podría soportar que el pueblo fuese privado de su ejemplo. *Chuang Tzu*.

cía dos grandes placeres, el placer de ganar y el placer de perder. En efecto, sólo puedo pensar en una actividad de este tipo que parece requerir una actitud no conservadora: el gusto por la moda, es decir, el injustificable deleite en el cambio voluntario, sin importar el resultado.

Pero fuera del no poco importante conjunto de actividades en que podemos participar sólo en virtud de una actitud conservadora, hay en la práctica ocasiones en que ésta parece la actitud más adecuada; en efecto, existen pocas actividades que en un punto u otro no la requieran. La actitud conservadora será más apropiada que cualquier otra cada vez que la estabilidad resulte más provechosa que el cambio, la seguridad más valiosa que la especulación, la familiaridad más conveniente que la perfección, el error convenido superior a la verdad polémica, la enfermedad más tolerable que el remedio, la satisfacción de las expectativas más importante que la "justicia" de las mismas, cuando cualquier regla es mejor que el riesgo de no tener ninguna. Y en cualquiera interpretación de la conducta humana, estos casos abarcan un rango no despreciable de circunstancias. Quien ve en la persona de actitud conservadora (incluso en lo que se llama vulgarmente una sociedad "progresista") un sujeto que nada solo contra la aplastante corriente de las circunstancias, debería ajustar sus lentes, porque está excluyendo gran parte del acontecer humano.

En la mayoría de las actividades que no persiguen un beneficio surge una diferencia, en un cierto nivel de observación, entre el proyecto emprendido y los medios empleados, entre la empresa y las herramientas que intervienen en su realización. Por supuesto, ésta no es una diferencia absoluta; frecuentemente los proyectos son ideados y dirigidos en base a las herramientas disponibles, pues en raras ocasiones éstas son diseñadas para satisfacer un proyecto determinado. Y lo que en una oportunidad es un proyecto, en otra es una herramienta. Más aún, existe al menos una excepción importante: la actividad del poeta. Sin embargo, es una distinción relativa de cierta utilidad, porque dirige nuestra atención a una diferencia apropiada con respecto a los dos componentes de la situación.

En general, podemos decir que nuestra actitud con respecto a las herramientas es —curiosamente— más conservadora que nuestra actitud con respecto a los proyectos; o en otras palabras, las herramientas están menos sujetas a innovación que los proyectos debido a que, excepto en raras oportunidades, éstas no son diseñadas para un determinado proyecto y luego dejadas de lado, sino diseñadas para ser usadas en toda una serie de proyectos. Y esto es comprensible debido a que la mayoría de las herramientas requiere de capacitación para su uso, lo que es inseparable de la práctica y el

conocimiento de ellas. Una persona capacitada, ya sea un marinerero, un cocinero o un contador, es una persona familiarizada con ciertas herramientas. En efecto, un carpintero es generalmente más hábil cuando usa sus propias herramientas que cuando emplea otras diferentes a las comúnmente empleadas por los carpinteros, y el notario puede usar su propia copia (con anotaciones) del manual de Pollock sobre **Sociedades** o de Jarman sobre **Testamentos**, más fácilmente que cualquier otra. Estar familiarizado con las herramientas es esencial para su uso, y en la medida en que el hombre es un animal que usa herramientas, tiende a ser conservador.

Muchas de las herramientas actualmente en uso han permanecido sin innovación por generaciones; el diseño de otras ha experimentado, en cambio, considerables modificaciones, y nuestro inventario de herramientas está siempre creciendo y mejorando con nuevos inventos y diseños. Las cocinas, fábricas, talleres, construcciones y oficinas revelan una mezcla característica de equipos recientemente inventados y de otros que han sido largamente probados. Pero, sea como fuere, cuando se está efectuando cualquier tipo de transacción o se ha emprendido un proyecto determinado —ya sea preparar una torta o poner herraduras a un caballo, tramitar un préstamo o licitar una compañía, vender pescado o seguros a un cliente, construir un barco o confeccionar un traje, sembrar trigo o cosechar papas, abandonar el puerto o levantar una barrera—, reconocemos que se trata de una ocasión particularmente apropiada para ser conservador con respecto a las herramientas que empleamos. Si se trata de un gran proyecto, se lo encargaremos a una persona que cuente con los conocimientos para hacerlo, esperándose que contrate subordinados conocedores de su oficio y entrenados en el uso de un determinado conjunto de herramientas. En algún punto de esta jerarquía de usuarios de herramientas puede sugerirse que para hacer un trabajo determinado sería necesario incrementar o modificar las herramientas disponibles. Tal sugerencia puede venir de alguna parte intermedia de la jerarquía y no imaginamos que un diseñador diga: "Tengo que retirarme para efectuar una investigación básica que me tomará 5 años antes de poder seguir con el trabajo" (su equipo de herramientas es un conjunto de conocimientos que esperamos lo tenga a mano y sepa qué hacer con él); tampoco imaginamos que el trabajador más bajo tenga herramientas inadecuadas para las necesidades de su tarea específica. Pero incluso si se hace y se acepta una sugerencia de tal tipo, ésta no desbaratará la conveniencia de una actitud conservadora con respecto a todo el conjunto de herramientas que se esté usando. En efecto, es evidente que no se podría realizar ningún trabajo ni efectuar ningún negocio si, en el momento en que esto ocurriera, nuestra actitud con res-

pecto a dichas herramientas no fuera, hablando en términos generales, conservadora. Y dado que dedicamos gran parte de nuestro tiempo a hacer negocios de un tipo u otro, y poco es lo que se puede hacer sin cierto tipo de herramientas, la actitud conservadora ocupa inevitablemente una parte importante en nuestro carácter.

Cuando el carpintero sale a efectuar un trabajo, tal vez uno que no ha hecho nunca antes, lleva consigo su maletín de herramientas conocidas y la única posibilidad que tiene de hacer bien su trabajo reside en la habilidad con que use lo que tiene a su disposición. Cuando el gasfiter selecciona sus herramientas, tardaría mucho más de lo que normalmente acostumbra si tuviera la intención de inventar otras nuevas o mejorar las antiguas. Nadie duda del valor del dinero en el mercado. No se haría ningún negocio si, antes de pesar una libra de queso o servir medio litro de cerveza, se discutiera acerca de la relativa utilidad de estas determinadas escalas de peso y medida en comparación con otras. El cirujano no se detiene durante una operación para rediseñar sus instrumentos. El MCC (**Marylebone Cricket Club**) no autoriza un nuevo ancho del mazo, un nuevo peso para la pelota o un nuevo largo del rastrillo durante un partido internacional o, incluso, durante una sesión de **cricket**. Cuando se está incendiando la casa, no llamamos a la oficina de investigación para la prevención de siniestros para que diseñe un nuevo extinguidor; como lo señalara Disraeli, a menos que seamos lunáticos, llamamos a los bomberos. Un músico puede improvisar música, pero se sentiría muy mal si, al mismo tiempo, se le pidiera que improvisara un instrumento. En efecto, cuando el trabajador va a realizar una tarea particularmente difícil, prefiere generalmente usar una herramienta familiar ante cualquier otra más moderna, pero cuyo uso aún no domina. No hay duda de que hay un tiempo y lugar para ser radical con respecto a estas cosas, para promover la innovación y llevar a cabo mejoramientos en las herramientas que empleamos, pero las ocasiones indicadas son claramente aptas para el ejercicio de una actitud conservadora.

Ahora bien, lo que es cierto con respecto a las herramientas, en general, a diferencia de los proyectos, es aun más evidentemente verdadero con respecto a cierto tipo de herramientas actualmente en uso, en especial, las reglas generales de conducta. Si la familiaridad que surge de la relativa inmunidad al cambio es adecuada para los martillos y pinzas, mazos o pelotas, resulta sumamente apropiada, por ejemplo, para una rutina de oficina. No hay duda de que los hábitos son susceptibles de mejoramiento, pero mientras más familiares se vuelven, más útiles resultan. Es absurdo no tener una actitud conservadora con respecto a determinada rutina. Por supuesto,

puede haber excepciones, pero no hay duda de que es más conveniente tener una inclinación conservadora en vez de reformista con respecto a ciertas rutinas. Consideremos la conducción de una asamblea pública, las reglas del debate en la Cámara de los Comunes o el procedimiento de un juzgado. La principal virtud de estas disposiciones reside en el hecho de que son fijas y familiares; establecen y satisfacen ciertas expectativas, permiten expresar en un orden conveniente cualquier cosa que sea pertinente, evitan conflictos extraños y conservan la energía humana. Constituyen típicas herramientas-instrumentos que pueden ser elegidas para usarlas en una variedad de trabajos distintos, pero parecidos. Son el producto de la reflexión; no hay nada sacrosanto acerca de ellas, son susceptibles de cambio y mejoramiento; pero si nuestra actitud al respecto no fuera, hablando en términos generales, conservadora, si estuviéramos dispuestos a discutir las y a cambiarlas en cada oportunidad, éstas perderían rápidamente su valor. Y mientras puede haber algunas ocasiones en que resulte útil suspenderlas, parece muy conveniente no innovarlas ni mejorarlas mientras estén en funcionamiento. Y nuevamente consideremos las reglas de un juego. Estas son también el producto de la reflexión y la elección, y hay ocasiones en que es conveniente reconsiderarlas a la luz de la experiencia presente; pero resulta inadecuado tener una actitud que no sea conservadora con respecto a ellas o rehacerlas todas al mismo tiempo, como también muy inconveniente cambiarlas o mejorarlas en la agitación y la confusión del juego. En efecto, mientras más ansioso esté cada participante por ganar, más valioso será un conjunto inflexible de reglas. Durante el juego, los jugadores pueden forjar nuevas tácticas, pueden improvisar nuevos métodos de ataque y defensa, pueden hacer lo que quieran para invalidar las expectativas de sus opositores, excepto inventar nuevas reglas. Ésta es una actividad que debe realizarse con moderación y sólo fuera de temporada.

Hay mucho más que se podría decir en cuanto a la pertinencia de la actitud conservadora y su conveniencia, incluso en un carácter como el nuestro, bastante inclinado en la dirección opuesta. Nada he dicho en cuanto a la moral ni a la religión. Pero tal vez haya dicho lo suficiente para demostrar que—incluso si el hecho de ser conservador en todas las oportunidades y con relación a todas las cosas parece tan lejos de nuestros hábitos de pensamiento que llega a ser prácticamente incomprensible—son pocas, sin embargo, nuestras actividades que no se asocian en todas las ocasiones con una actitud conservadora. En ciertos casos la reconocen como el socio más antiguo. Hay algunas en que la actitud conservadora es la más importante.

III

Ahora bien, ¿cómo vamos a interpretar la actitud conservadora con respecto a la política? Al hacer esta pregunta me interesa no sólo la inteligibilidad de tal actitud en un conjunto cualquiera de circunstancias, sino también su inteligibilidad en nuestras circunstancias contemporáneas.

Los escritores que han analizado este problema dirigen comúnmente nuestra atención a las creencias acerca del mundo en general, acerca de los seres humanos en general, acerca de las asociaciones en general e, incluso acerca del universo; y nos dicen que una actitud conservadora en política puede ser correctamente interpretada sólo si la consideramos como un reflejo de ciertas creencias de este tipo. Se dice, por ejemplo, que el conservantismo en política es el complemento adecuado de una actitud generalmente conservadora con respecto a la conducta humana: el ser reformista en los negocios, en la moral o en la religión, y ser conservador en política es considerado como una inconsistencia. Se dice que el conservador en política lo es debido a que sostiene ciertas creencias religiosas; una creencia, por ejemplo, en la ley natural obtenida de la experiencia humana y en un orden providencial que refleja un objetivo divino en la naturaleza y en la historia de la humanidad, a los que ésta debe adaptar su conducta y cuyo alejamiento significa injusticia y calamidad. Más aún, se dice que una actitud conservadora en política refleja lo que se llama una teoría "orgánica" de la sociedad humana; que dicha actitud está unida a una creencia en el valor absoluto de la personalidad humana y a una creencia en la propensión primordial de los seres humanos al pecado. Y el "conservantismo" de un inglés ha estado siempre relacionado con la monarquía y el anglicanismo.

Pues bien, dejando de lado las observaciones secundarias que podamos hacer con respecto a esta interpretación de la situación, me parece que ella adolece de un gran defecto. Es verdad que muchas de estas creencias han sido sostenidas por gente de tendencia conservadora en la actividad política, y puede ser cierto que esta gente también haya creído que su tendencia es en cierta medida confirmada por ello o, incluso se basa en ello; pero según lo entiendo, una actitud conservadora en política no supone que debemos **sostener** que estas creencias sean verdaderas y ni siquiera que debemos **suponer** que ellas sean verdaderas. En efecto, no creo que el conservantismo esté necesariamente relacionado con ninguna creencia en particular acerca del universo, acerca del mundo en general o acerca de la conducta humana en general. Con lo que está realmente relacionado es con ciertas creencias acerca de la actividad de gobernar y los instrumentos de gobierno, y es en términos de creencias

sobre estos asuntos, y no otros, que puede resultar inteligible. Y, para plantear brevemente mi punto de vista antes de desarrollarlo, diría que lo que hace que una actitud conservadora en política sea inteligible no es la ley natural ni un orden providencial; no tiene nada que ver con la moral o la religión: es la observación de nuestra actual forma de vida combinada con la creencia (que desde nuestro punto de vista no debe considerarse más que una hipótesis) según la cual, el hecho de gobernar es una actividad limitada y específica. Vale decir, gobernar es la provisión y custodia de las reglas generales de conducta, a las que no se considera planes para imponer actividades sustantivas, sino instrumentos que permiten a la gente seguir las actividades de su propia elección con un mínimo de frustración. Por consiguiente, es un asunto acerca del cual es conveniente ser conservador.

Empecemos por lo que creo que es el punto de partida adecuado; no en el paraíso, sino que con nosotros mismos tal como hemos llegado a ser. Tanto yo como mis vecinos, mis asociados, mis compatriotas, mis amigos, mis enemigos y aquellos que me son indiferentes, todos somos gente que participa en una gran variedad de actividades. Podemos tener diversas opiniones sobre cualquier materia concebible y cambiarlas cuando nos fastidiamos de ellas o cuando resulten inútiles. Cada uno de nosotros sigue su propio camino, y no hay ningún proyecto tan extraño como para que nadie lo realice, ni ninguna empresa tan descabellada como para que nadie la emprenda. Hay quienes pasan su vida tratando de vender copias del catecismo anglicano a los judíos. Y la mitad del mundo trata de hacer que la otra mitad desee lo que hasta la fecha nunca había necesitado. Todos tendemos a ser apasionados en cuanto a nuestros intereses, ya sea haciendo cosas o vendiéndolas en los negocios o en los portales. Somos apasionados en la religión, el estudio, la poesía, la bebida o drogas. Cada cual tiene sus propias preferencias. Para algunos, las oportunidades de elegir (que son numerosas) son invitaciones que se aceptan con facilidad; otros las reciben con menos ilusión o, incluso, las encuentran molestas. Algunos sueñan con mundos nuevos y mejores; otros tienden a moverse por caminos conocidos o se inclinan al ocio. Unos acostumbran a lamentar la rapidez del cambio, otros disfrutan con él; todos lo reconocen. A veces nos cansamos y nos quedamos dormidos: resulta un alivio mirar la vitrina de una tienda y no ver nada que queramos; agradecemos la fealdad simplemente, porque repele la atención. Pero en la mayoría de los casos ansiamos la felicidad buscando la satisfacción de los deseos que surgen inagotablemente. Participamos en relaciones de interés y de emoción, de competencia, sociedad, protección, amor, amistad, celos y odio. Algunas de ellas son más durables que otras. Nos ponemos

de acuerdo, nos formamos expectativas respecto a la conducta de los demás; aprobamos, somos indiferentes y desaprobamos. Esta multiplicidad de actividades y esta variedad de opiniones puede producir conflictos: seguimos caminos que se entrecruzan, y no todos aprobamos el mismo tipo de conducta. Pero, en general, vivimos juntos, a veces cediendo, a veces sin ceder y a veces llegando a acuerdo. Nuestra conducta está constituida en parte por una actividad asimilada a la de los demás y, principalmente, por ajustes insignificantes y moderados.

Por qué todo esto tiene que ser así no interesa. No es necesariamente así. Fácilmente podemos imaginar circunstancias humanas diferentes y sabemos que en otra parte y en otra época la actividad humana es o ha sido mucho menos variada y cambiante, y la opinión mucho menos diversa y más apta para producir conflictos; pero, de manera general, reconocemos que ésta es nuestra condición. Se trata de una condición adquirida, a pesar de que nadie la programara ni la eligiera específicamente con preferencia a las demás. Es el producto no de la "naturaleza humana" desencadenada, sino de los seres humanos impulsados por un amor adquirido que los lleva a hacer cosas para sí mismos. Y sabemos tan poco hacia dónde nos conduce como sabemos acerca de la moda de los sombreros o del diseño de los automóviles en 20 años más.

Si uno observa, ve que a algunas personas les irrita la ausencia de orden y coherencia, que consideran la característica dominante de nuestro medio; el despilfarro, la frustración, el derroche de energía humana, la falta no sólo de un objetivo premeditado, sino que incluso de una dirección discernible en el movimiento. En su opinión, nuestro mundo produce un entusiasmo similar al de las carreras de autos, pero no tiene nada de la satisfacción de una empresa bien conducida. Esta gente tiende a exagerar el desorden existente; la ausencia de un plan es tan notoria, que los pequeños ajustes —e incluso las medidas masivas que limitan el caos— les parecen insignificantes; no ven el atractivo del desorden sino sólo su inconveniencia. Pero lo que importa no es la limitación de sus poderes de observación, sino el cambio en sus pensamientos. Creen que debería hacerse algo para convertir el llamado caos en orden porque ésta no es forma en que seres humanos deban pasar sus vidas. Al igual que Apolo cuando vio a Dafne con su pelo desordenado sobre los hombros, suspiran y se dicen: "Cómo se vería si estuviera debidamente ordenado". Más aún, nos dicen que han visto en sueños la forma de vida gloriosa y sin conflictos propia de toda la humanidad, e interpretan estos sueños como su justificación para tratar de eliminar las diversidades y ocasiones de conflicto que caracterizan nuestra forma de vida actual. Naturalmente, no todos esos sueños son exactamente iguales; pero tienen en común el hecho de que cada uno

de ellos representa una visión de las circunstancias humanas en que se ha eliminado la ocasión de conflicto. Aparece así la actividad humana coordinada y caminando en una sola dirección. Todos los recursos son usados en su totalidad. Y esta gente entiende la función del gobierno como la de imponer a sus subditos las circunstancias humanas de sus sueños. Gobernar es transformar un sueño privado en una forma de vida pública y obligatoria. De este modo, la política pasa a ser un encuentro de sueños, y en la actividad política el gobierno se atiene a esta interpretación de su función y recibe los instrumentos correspondientes.

No es mi intención criticar este salto al estilo de la política gloriosa en que el hecho de gobernar es considerado como una constante postulación para la obtención de recursos de energía humana a fin de concentrarlos en una misma dirección. Ello no es en absoluto ininteligible y mucho hay en nuestras circunstancias para provocarlo. Pretendo simplemente señalar que existe una interpretación completamente diferente del gobierno, y que no es menos inteligible y, en algunos aspectos, es tal vez más apropiada a nuestras circunstancias.

El origen de esta actitud diferente con respecto al gobierno y a los instrumentos de gobierno —una actitud conservadora— puede encontrarse en la aceptación de la naturaleza de las circunstancias humanas presentes tal como las he descrito: la propensión a tomar decisiones propias y a sentir alegría en hacerlo; la variedad de empresas que se atacan con pasión; la diversidad de creencias, cada una de las cuales es sostenida con la convicción de su exclusiva verdad; la inventiva, la variabilidad y la ausencia de todo gran proyecto; el exceso, la superactividad y el compromiso informal. La función del gobierno no consiste en imponer otras creencias y actividades a sus subditos, ni debe tampoco protegerlos ni educarlos; ni hacerlos mejor o más felices en otra forma; ni dirigirlos ni estimularlos a la acción; ni guiarlos ni coordinar sus actividades de manera que no se produzca ninguna ocasión de conflicto. La función del gobierno consiste simplemente en gobernar. Esta es una actividad específica y limitada, fácilmente corruptible cuando es combinada con cualquier otra, y, dadas, las circunstancias, indispensable. La imagen del gobernante es la del árbitro cuya función consiste en aplicar las reglas del juego, o la del presidente que dirige el debate conforme a reglas conocidas pero sin participar en él.

Ahora bien, la gente de esta tendencia comúnmente defiende su creencia en que la actitud adecuada del gobierno debe ser de aceptación, apelando a ciertas ideas generales, con respecto a la condición actual de las circunstancias humanas. Sostienen que existe un valor absoluto en el libre juego de la elección humana; que la propiedad privada (el símbolo de la

elección) es un derecho natural; que sólo en el goce de la diversidad de opinión y de actividad es donde cabe esperar que se revelen la verdadera creencia y la buena conducta. Pero yo no creo que estas creencias u otras similares sean necesarias para que tal actitud sea inteligible. Hay algo más pequeño y menos pretencioso que lo permitirá: la observación de que esta condición de las circunstancias humanas es, de hecho, real y que hemos aprendido a disfrutarla y a controlarla; que no somos niños **in statu pupillari** sino adultos que no se consideran obligados a justificar sus preferencias para efectuar sus propias decisiones; que está fuera de la experiencia humana el suponer que quienes gobiernan están dotados de una sabiduría superior que les proporciona un mejor rango de creencias y actividades y les da autoridad para imponer a sus subditos una forma de vida totalmente diferente. En resumen, si se le pregunta a una persona de actitud conservadora: "¿Por qué razón los gobiernos deben aceptar la diversidad de opiniones y actividades que hay en vez de imponer a sus subditos un sueño propio?", le bastará con responder: "¿Y por qué no? Sus sueños no son diferentes de los de las demás personas, y si es aburrido tener que escuchar la repetición de los sueños de los demás, es intolerable que se nos obligue a revivirlos. Toleramos monomaniacos, es nuestro hábito hacerlo; ¿pero por qué debemos ser **gobernados** por ellos? ¿No es acaso una labor inteligible para un gobierno (pregunta la persona de actitud conservadora) la de proteger a sus subditos contra el daño de quienes gastan su energía y su riqueza en función de algún capricho favorito, tratando de imponerlo a todos, no excluyendo esas actividades en favor de otras similares, sino que por la vía de establecer un límite a la cantidad de ruido que cada cual puede emitir?"

Sin embargo, si bien esta posición es el origen de la actitud conservadora con respecto al gobierno, esto no supone que la función del gobierno sea no hacer nada. Hay trabajo que efectuar que sólo puede ser realizado en virtud de una genuina aceptación de las creencias presentes simplemente porque existen y de las actividades vigentes simplemente porque son llevadas a cabo. En resumen, la función que se atribuye al gobierno es la de resolver algunos de los conflictos que genera esta variedad de creencias y actividades; preservar la paz sin imponer una prohibición a la elección o a la diversidad implícita al ejercicio de aquélla; y sin imponer una uniformidad sustantiva, sino que mediante la aplicación de reglas generales de procedimiento a todos los subditos por igual.

El gobierno, entonces, como lo ven los conservadores, no comienza con una visión de otro mundo diferente y mejor, sino con la observación del autogobierno practicado incluso por hombres apasionados en la conducción de sus

empresas; empieza en los ajustes informales de los intereses entre sí, a fin de liberar de la mutua frustración a aquellos que pueden enfrentarse en un conflicto. Algunas veces, estos ajustes no son más que acuerdos entre dos partes para evitar conflictos; otras veces son de mayor aplicación y de carácter más durable, como por ejemplo, las reglas internacionales para la prevención de accidentes en el mar. En síntesis, los secretos del buen gobierno radican en el ritual, no en la religión ni en la filosofía; en el goce de la conducta ordenada y pacífica, no en la búsqueda de la verdad ni de la perfección.

Pero el autogobierno de los hombres de creencias e iniciativas apasionadas puede quebrarse cuando es más necesario. A veces es eficaz para resolver conflictos de interés secundario, pero más allá éstos no se puede confiar en él. Se necesita un ritual más preciso y menos maleable para resolver los conflictos masivos que pueden provocar nuestras formas de vida y para liberarnos de las frustraciones masivas en que podemos caer. El guardián de este ritual será el "gobierno", y las reglas que impone serán "la ley". Podemos imaginar un gobierno que desempeñe la función de arbitro en los casos de conflictos de intereses, aunque actúe sin la ayuda de las leyes; igual como podemos imaginar un juego sin reglas y un arbitro a quien se recurre en casos de disputa, y que en cada ocasión, simplemente, usa su criterio para encontrar una forma **ad hoc** de liberar a las partes en conflicto de su mutua frustración. Pero la "deseconomía" de este arreglo es tan obvia, que sólo podría esperarse de aquellos que creen que el gobernante posee una inspiración sobrenatural y le atribuyen una función totalmente diferente, la del líder, protector o administrador. En todo caso, la actitud conservadora con respecto al gobierno está arraigada en la creencia de que cuando el gobierno se basa en la aceptación de las actividades y creencias de sus subditos, la única forma adecuada de gobernar es dictando y aplicando reglas de conducta. En resumen, ser conservador con respecto al gobierno es un reflejo del conservatismo que hemos reconocido como apropiado respecto a las reglas de conducta.

Según el conservador, gobernar es, entonces, proveer un **vinculum juris** para aquellas formas de conducta que, debido a las circunstancias, tienen menos posibilidades de provocar un frustrante conflicto de intereses; es proporcionar remedio y medios de compensación a quienes son víctimas del comportamiento adverso de otros; es, a veces, imponer un castigo a aquellos que persiguen sus propios beneficios sin respetar las convenciones y, lógicamente, es también proporcionar la fuerza suficiente para mantener la autoridad de un arbitro de tal tipo. De este modo, el hecho de gobernar es reconocido como una actividad limitada y específica; no consiste en la administración de una empresa, sino que en el mando de quienes están

comprometidos con una gran diversidad de empresas elegidas libre y autónomamente. No tiene que ver con personas concretas sino con actividades, y con actividades sólo en cuanto sean propensas a enfrentarse entre sí. Gobernar no tiene que ver con el bien ni con el mal moral, y su objetivo no consiste en hacer hombres buenos ni mejores; no resulta, tampoco, necesario a causa de la "perversión natural de la humanidad", sino que simplemente debido a la tendencia que hay a ser extravagante; su función consiste en mantener a sus subditos en paz desarrollando las actividades que ellos han elegido en su búsqueda de la felicidad. Y si hay una idea general que este punto de vista implica, ésta es, tal vez, que un gobierno que no conserva la lealtad de sus subditos carece de valor; y que, un gobierno que (en la antigua frase puritana) "manda en favor de la verdad" será incapaz de lograrlo (debido a que algunos de sus subditos creerán que su "verdad" es un error); un gobierno que sea indiferente a la "verdad" y al "error", y simplemente persiga la paz, no ofrecerá en cambio ningún obstáculo para mantener esa necesaria lealtad.

Ahora bien, obviamente es comprensible que toda persona que piensa de esta manera con respecto al gobierno se oponga a la innovación: gobernar es proveer reglas de conducta, y la familiaridad es una virtud sumamente importante en una regla. Sin embargo, también tiene otras ideas. En la condición actual de las circunstancias humanas, surgen constantemente nuevas actividades (a veces debido a nuevos inventos) que se extienden con gran rapidez, y las creencias son continuamente modificadas o descartadas. El hecho de que las reglas sean inadecuadas para las actividades y creencias en boga resulta tan inconveniente para el caso como el no sernos familiares. Por ejemplo, debido a la gran variedad de inventos y considerables cambios en la conducción de los negocios, la ley sobre derechos de autor actualmente vigente parece ser ahora inadecuada. Y podemos pensar que ni los periódicos, automóviles ni aeroplanos han recibido aún un reconocimiento adecuado en la ley inglesa, provocando perjuicios que deberían ser reducidos. Así, a fines del siglo pasado, nuestros gobiernos realizaron una extensiva codificación de las partes más importantes de nuestra ley y, de este modo, la pusieron en una relación más estrecha con las creencias y formas de actividad existentes, eximiéndose de los pequeños ajustes a las circunstancias que son características del funcionamiento de nuestra ley común. Pero muchos de tales estatutos están ahora pasados de moda. Y hay antiguos decretos del parlamento (tal como el Acta de la Marina Mercante), que rigen una importante actividad, que son aún más inapropiados a las circunstancias actuales. La innovación es entonces necesaria si se quiere que las reglas sigan siendo adecuadas para las actividades que rigen.

Pero, tal como el conservador lo entiende, la modificación de las reglas siempre debería reflejar —y nunca imponer— un cambio en las actividades y creencias de quienes están sometidos a ellas, y en ningún caso debería ser tan grande como para destruir el **ensemble**. Por consiguiente, el conservador nada tendrá que ver con las innovaciones destinadas simplemente a satisfacer situaciones hipotéticas; preferirá aplicar la regla que tiene a inventar una nueva; estimará conveniente retrasar la modificación de las reglas hasta que no haya duda que ha pasado a ser duradero el cambio que está destinado a reflejar. Sospechará de las proposiciones de cambio que van más allá de lo que la situación requiere; de los gobernantes que demandan poderes extraordinarios para hacer grandes cambios y cuyas palabras estén relacionadas con generalidades como "el bien público" o la "justicia social"; y de los Salvadores de la Sociedad que se ciñen la armadura y buscan dragones que matar; creará pertinente considerar con cuidado la oportunidad de una innovación. En resumen, tenderá a considerar la política, más que como una oportunidad para un continuo reequipamiento, como una actividad en que hay un valioso conjunto de herramientas que se renueva ocasionalmente y se mantiene en buen estado.

Todo lo expuesto puede ayudar a comprender la actitud conservadora con respecto al gobierno. Podríamos entrar en mayores detalles para mostrar, por ejemplo, la forma en que una persona de tal actitud interpreta otra importante labor de un gobierno como la conducción de la política exterior; por qué da tanta importancia al complicado conjunto de disposiciones que llamamos "la institución de la propiedad privada"; la conveniencia de su oposición a la opinión de que la política es una sombra trazada por la economía; y por qué cree que la principal (tal vez la única) actividad específicamente económica del gobierno es la mantención de una moneda estable. Pero en esta ocasión creo que hay algo más que agregar.

Para algunas personas, el "gobierno" es una gran fuente de poder que los hace soñar con la forma en que podría usarse. Tienen proyectos favoritos de diversas dimensiones, que sinceramente creen que son de beneficio para la humanidad, y consideran que el hecho de capturar esta fuente de poder, aumentándola si es necesario, y usarla para imponer sus proyectos favoritos a los demás constituye la aventura de gobernar a los hombres. De este modo, tienden a considerar al gobierno como un instrumento de la pasión; el arte de la política consistirá en estimular y dirigir el deseo. En resumen, gobernar es entonces considerado como cualquier otra actividad —la compra y venta de una marca de jabón, la explotación de los recursos de una localidad o la construcción de una bloque de casas—, sólo que el poder (en su mayor parte) aquí ya está movilizado, y la empresa es notable sólo

porque representa un monopolio y debido a su expectativa de éxito una vez que se ha capturado la fuente de poder. Por supuesto que un "empresario privado" de la política de este tipo, no llegaría a ninguna parte en nuestros días si no hubiera gentes con necesidades tan vagas como para ser convencidos de pedir aquello que él puede ofrecerles; o con deseos tan serviles como para preferir la promesa de una abundancia concedida a la oportunidad de elección y actividad por cuenta propia. Pero esto no es tan sencillo como puede parecer: con frecuencia, un político de este tipo malinterpreta la situación, y entonces, por un breve tiempo, incluso en la política democrática, nos damos cuenta de lo que el camello piensa de su jinete.

Ahora bien, la actitud conservadora con respecto a la política refleja una opinión completamente diferente de la actividad de gobernar. El conservador estima que la función del gobierno no es la de encender la pasión y darle nuevos objetivos con que alimentarse, sino que introducir un ingrediente de moderación en las actividades de personas demasiado apasionadas; limitar, desalentar, pacificar y reconciliar; no avivar el fuego del deseo, sino sofocarlo. Y todo esto no debido a que la pasión sea un vicio, y la moderación, una virtud, sino porque la moderación es indispensable si se quiere evitar que hombres apasionados sean aprisionados por conflictos que los frustren mutuamente. Un gobierno de este tipo no debe ser considerado como el agente de una providencia benigna, como el guardián de una ley moral o como el símbolo de un orden divino. Lo que proporciona es algo que sus subditos (si son un pueblo como nosotros) pueden fácilmente reconocer como valioso. En efecto, es algo que en cierta medida ellos hacen por sí mismos en el curso ordinario de sus trabajos y placeres. Apenas necesitan que se les recuerde lo indispensable que es. (Sextus Empiricus cuenta que los antiguos persas recordaban el valor de esto dejando de lado las leyes por cinco horripilantes días). En general, no se oponen a pagar el modesto costo de este servicio, y reconocen que la actitud apropiada con respecto a un gobierno de este tipo es la lealtad (a veces, una lealtad confiada, y otras, tal vez, la ardiente lealtad de Sidney Godolphin), y el respeto y cierta sospecha; no amor, devoción, ni afecto. De este modo, el gobernar es considerado una actividad secundaria; pero también es reconocido como una actividad específica, difícilmente combinable con otra debido a que todas las demás actividades (excepto la mera contemplación) implican abandonar algo y abandonar la indiferencia propia (según este parecer) no sólo del juez, sino que también del legislador, cargo que se considera de naturaleza judicial. Los subditos de un gobierno de este tipo exigen que éste sea fuerte, esté alerta, sea resuelto, económico, y no caprichoso ni demasiado activo. Y desprecian a un arbitro que no dirige el juego de acuerdo a las

reglas, que se abanderiza, que hace su propio juego o que siempre está llamando al orden. Después de todo, en el juego está la cosa, y al jugar ni necesitamos ser conservadores, ni estamos dispuestos a serlo.

Pero respecto de este estilo de gobierno hay que señalar algo más que la limitación impuesta por reglas familiares y apropiadas. Por cierto, no se tolera que se gobierne por sugerencias o halagos, ni por ningún otro medio ajeno a la ley; tampoco a través de un Ministro del Interior paternal o un Ministro de Hacienda amenazante. Pero cabe esperar que la misma indiferencia ante las creencias y las actividades sustantivas de los subditos estimule el hábito de la restricción. En la vehemencia de nuestros compromisos, en el apasionado conflicto de las creencias, en nuestro entusiasmo por salvar las almas de nuestros vecinos o de toda la humanidad, un gobierno de este tipo inyecta un ingrediente, no de razón (¿cómo podríamos esperar eso?), sino de ironía que contrarresta un vicio con otro; de burla que reduce la extravagancia sin fingir sabiduría; de mofa que diluye la tensión; de inercia y de escepticismo. En efecto, podríamos decir que mantenemos un gobierno de este tipo para que nos proporcione el elemento de escepticismo que no tenemos el tiempo ni la inclinación de buscar nosotros mismos.

Es como la brisa fría de la montaña que se hace sentir en la llanura incluso en los días más calurosos del verano. O, abandonando la metáfora, como "el hombre de los controles" que, al manejar la velocidad con que se mueven las partes, evita que la máquina se rompa en pedazos.

Entonces no es por mero prejuicio estúpido que un conservador tiene tal opinión sobre la actividad de gobernar; tampoco es necesaria ninguna creencia metafísica de gran resonancia para provocarla o hacerla inteligible. Ser conservador tiene que ver simplemente con la observación de que cuando la actividad se inclina al emprender, la contraparte indispensable es otra clase de actividad inclinada hacia la limitación, que inevitablemente se corrompe (en efecto, se anula completamente) cuando el poder asignado a ella se usa para impulsar los proyectos favoritos. Un "arbitro" que es al mismo tiempo uno de los jugadores no es un arbitro; las "reglas" acerca de las cuales no somos conservadores no son reglas, sino incitaciones al desorden; y la unión de los sueños con el gobierno genera la tiranía.

IV

En consecuencia, el conservatismo político no es en absoluto incomprensible en un pueblo de inclinación aventurera y emprendedora, en un pueblo que gusta del cambio y que tiende

a racionalizar sus aficiones en términos de "progreso" *. Y no necesitamos señalar que la creencia en el "progreso" es la más cruel e inútil de todas las creencias; y que provoca codicia sin satisfacerla, para pensar que parece inadecuado que un gobierno sea claramente "progresista". Efectivamente, una actitud conservadora con respecto al gobierno parecería ser preeminente para la gente que tiene algo que hacer o algo que pensar por cuenta propia; que tiene una habilidad que ejercitar, una fortuna intelectual que desarrollar; para gente cuyas pasiones no necesitan ser estimuladas, cuyos deseos no necesitan ser provocados y cuyos sueños de un mundo mejor no necesitan ser impulsados. Esta gente conoce el valor de una regla que imponga el sentido del orden sin dirigir la iniciativa, una regla que concentre el deber y deje cabida para el gozo. Incluso podrían estar preparados para tolerar un orden eclesiástico legalmente establecido, pero no porque creyeran que representa una verdad religiosa inexpugnable, sino simplemente porque limitaría la competencia indecorosa de las sectas y (como Hume decía) moderaría "la plaga de un clero demasiado diligente".

Ahora bien, estas creencias pueden ser o no razonables y apropiadas para nuestras circunstancias y para las habilidades que podamos encontrar en quienes nos gobiernan, pero creo que son ellas y sus semejantes las que hacen comprensible una actitud conservadora con respecto a la política. No nos interesa saber si tal actitud sería conveniente en otras circunstancias, ni si ser conservador con respecto al gobierno sería igualmente pertinente en las circunstancias de un pueblo abatido, perezoso o sin iniciativa: nos interesa lo que tiene que ver con nosotros tal como somos. Personalmente creo que esto ocuparía un importante lugar en cualquier conjunto de circunstancias. Espero, sin embargo, haber dejado en claro que no es contradictorio en absoluto ser conservador respecto al gobierno y radical respecto a prácticamente todas las demás actividades. Y en mi opinión, hay más que aprender respecto de esta actitud en Montaigne, Pascal, Hobbes y Hume que en Burke o Bentham.

De las muchas implicaciones que podrían señalarse sobre este punto de vista, mencionaría una especialmente: que la política es una actividad inadecuada para los jóvenes, no debido a sus vicios, sino por lo que yo, al menos, considero sus virtudes.

Nadie afirma que sea fácil adquirir o mantener la disposición a la indiferencia que requiere esta modalidad política. Poder

* No he olvidado plantearme: ¿Por qué razón, entonces, hemos descuidado lo que es apropiado para nuestras circunstancias, hasta hacer del soñador activista el estereotipo del político moderno? He tratado de responder esta pregunta en otros sitios.

frenar nuestras propias creencias y deseos, reconocer la verdadera forma de los objetos, sentir en la mano el punto de equilibrio de las cosas, tolerar lo que resulta abominable, distinguir entre el crimen y el pecado, y respetar la formalidad incluso cuando parece conducir a error, todos estos son logros difíciles. No se debe buscar estos logros entre los jóvenes.

Los días de nuestra juventud son un sueño, una encantadora insanidad, un dulce solipsismo. En ese tiempo nada tiene una forma fija, nada un precio fijo; todo es posible y se vive feliz a crédito. No hay obligaciones que respetar, no hay cuentas que llevar. No hay nada que se especifique de antemano; cada cosa es lo que se puede hacer de ella. El mundo es un espejo donde buscamos el reflejo de nuestros propios deseos. El encanto de las emociones violentas es irresistible. Cuando somos jóvenes no estamos dispuestos a hacer concesiones al mundo; nunca sentimos el contrapeso de una cosa en nuestras manos, a menos que sea un mazo de cricket. No podemos distinguir entre lo que nos gusta y lo que valoramos; la urgencia es nuestra escala de valores; y nos resulta difícil comprender que lo aburrido no es necesariamente despreciable. No toleramos la restricción; y fácilmente eremos, como Shelley, que el haber contraído un hábito es haber fracasado. En mi opinión, éstas son algunas de nuestras virtudes cuando somos jóvenes; pero qué lejos están de constituir una actitud adecuada para participar en el estilo de gobierno que he descrito. Dado que la vida es un sueño, argumentamos (con lógica plausible pero errónea) la política debe ser un encuentro de sueños, en el que esperamos imponer el nuestro. Hay gente desafortunada, como Pitt (irónicamente llamado "el Joven"), que nace siendo vieja, y que son aptos para participar en política prácticamente desde la cuna; otros, tal vez más afortunados, contradicen el dicho de que se es joven sólo una vez, pues nunca maduran. Pero estas son excepciones. Para la mayoría de nosotros existe eso que Conrad llamaba la "línea de sombras": cuando la pasamos se descubre un mundo sólido de cosas, cada una con su forma fija, cada una con su propio punto de equilibrio, cada una con su precio; un mundo de hechos, no una imagen poética, en el cual lo gastado en una cosa no puede ser gastado en otra; un mundo habitado además de por nosotros mismos, por otros que no pueden ser reducidos a simples reflejos de nuestras propias emociones. Haber llegado a familiarizarnos con este mundo común y corriente nos califica (como ningún estudio de la "ciencia política" podría llegar jamás a calificarnos) para participar —si poseemos tal inclinación y carecemos de algo mejor en qué pensar— en aquello que la persona de actitud conservadora entiende que es la actividad política.